

La Misa del Domingo

8º Domingo T.O. / Ciclo C

3 de marzo de 2019

La Palabra del día

- Eclesiástico 27, 4-7: “El fruto revela el árbol, así la palabra revela el corazón de la persona”
- Sal 91- “Es bueno darte gracias, Señor”
- 1 Cor 15, 54-58: “Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”
- Lc. 6, 39-45: “No hay árbol malo que dé fruto bueno, por ello cada árbol se conoce por su fruto”

Eco desde nuestras comunidades y jóvenes

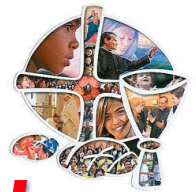
- ¿De dónde sacamos los criterios para orientar y educar a los jóvenes? Cuidado, no seamos guías ciegos.
- Mirando el fruto de nuestro trabajo educativo, ¿qué sensación tenemos? ¿Estamos dando frutos sanos?
- La Palabra nos lleva a confiar en Dios, que nos lleva a la conversión y de ahí a la victoria por medio de Jesucristo.

Propuesta de Homilía

La Palabra que hemos escuchado es un elogio del hombre justo. El justo da frutos de justicia y de bondad. Su vida, como el buen árbol, está plantado junto a la corriente y da buenos frutos. Personas así creo que existen y además nosotros las conocemos. Son esa clase de hombres y mujeres que acompañan, cuidan, educan a los pequeños y hacen crecer. Son guías sabios, que, sin ser perfectos, orientan hacia el bien. ¡Cuántas madres, padres, maestros, animadores, religiosos y sacerdotes son así!

Es inevitable no pensar, igualmente, en el mal y en el dolor que podemos causar cuando nuestro corazón no está bien orientado, y nos convertimos en guías ciegos, que confunden a los demás y los llevamos a la perdición. Existen en todos los estamentos sociales, económicos y religiosos. También desgraciadamente en la Iglesia, comunidad de hombres santos y pecadores. Causa consternación comprobar los casos de corrupción, de abusos cometidos en nuestra querida Iglesia. No son la mayoría de sacerdotes y religiosos, más bien una minoría; pero ello nos lleva a la tristeza, a sentir dolor y vergüenza, y de alguna manera a la desesperanza. Debemos reconocer -ya lo estamos haciendo- que hemos sido guías ciegos en algunas ocasiones, causando un dolor irreparable en aquéllos pequeños, cuyos ángeles, según el evangelio, están contemplando constantemente la cara de Dios Padre.

Sin embargo, conviene no caer en el maniqueísmo, señalando a instituciones al completo como “depravadas” y “horrendas”. Las instituciones las hacen las personas con su bondad y su pecado; y



La Misa del Domingo

esto se puede aplicar a todas. Por eso, que si pretendemos hacer un ejercicio de justicia y honestidad debemos saber que el corazón del hombre tiene una facilidad exagerada a corromperse, manipular, mentir o matar. También poseemos una orientación al bien. En este sentido cada uno de nosotros tenemos una responsabilidad de educar constantemente nuestra conciencia para vivir honestamente.

El salmo 91 que hemos proclamado es el elogio del hombre bueno y justo:

Los justos están alzados y bien plantados en la casa del señor, y crecen sanos en sus atrios. El hombre justo da buen fruto incluso en la vejez, y proclama que el Señor es justo y la roca en donde no hay maldad. Ese es el humus en donde de verdad crecemos sanos y damos buen fruto: en la tierra de la Palabra de Dios. Más que nunca la necesitamos.

En la tierra de la Palabra reconocemos que somos criaturas y no dioses. Que hemos sido creados por Dios bellamente, y además lo hemos sido “a su imagen y semejanza”. Todo creyente está llamado a dar buen fruto, a pesar de que a veces damos los frutos equivocados. Por eso conviene recordarnos que es el perdón y la enmienda la que nos hace recuperar la impronta de Dios en nosotros y volver a dar buenos frutos. Como nos indica Pablo en la epístola de hoy, es la Gracia de Dios la que nos da la victoria, por medio de Jesucristo. Tal vez con frecuencia olvidamos la Gracia, como motor de todo. Cuando lo olvidamos, nosotros nos convertimos en diosecillos y poco a poco en diablos infames que manipulamos y aniquilamos a los demás. Sin la Gracia de Dios, el ser humano solo confía en sí mismo, en su propia capacidad, y abandona la capacidad sanadora que tiene Dios y su Palabra. Sólo en Dios nuestra vida está sana y recibe buenos alimentos. Fuera de El, todo se pudre y se corrompe; también la Iglesia.

Recordemos que el sentido y la honestidad residen en ese reducto interior en donde Dios se nos manifiesta. Lo llamamos conciencia. En ese reducto tenemos nuestra casa, nuestro hogar. Ahí, los principios, ahí el fuego que nos da calor, la brújula que nos orienta el destino. No olvidar, cuando nos desorienta el pecado, que tenemos una estrella en lo profundo de nuestro corazón. Dejemos que ella -que no es otro sino Dios- nos oriente y dirija.

José Luis Villota, sdb